

Notas Bibliográficas

LAS ESPALDAS MOJADAS

En la muy diversificada variedad de tendencias que aparecen actualmente en el teatro norteamericano, una es particularmente importante porque se refiere a determinados aspectos de la cultura del subdesarrollo, y ello está, obviamente, en relación con los problemas de las sociedades de Latinoamérica; me refiero al llamado "Teatro Campesino", un grupo de obreros vinculado a las organizaciones sindicales, que tiene su sede en Delano, California.

Su fundador es Luis Valdez, un mexicano-americano, esto es, un híbrido cultural, un hombre de extracción latinoamericana pero criado en Norteamérica, quien por estas razones tiene dos marcos de referencias socioculturales, que muy bien podríamos llegar a considerar contradictorios. Precisamente es California la región de Norteamérica donde se encuentra la más nutrida representación de esta especie. El "Teatro Campesino" lo funda Valdez el 8 de septiembre de 1965; en uno de los escritos del grupo —llámese "Manifiesto" si se desea— explican la manera sencilla y espontánea como nació: Valdez trataba de "explicar" el teatro a un grupo de sindicalistas, braceros y obreros de calificación mínima, la mayoría de los cuales jamás había presenciado un espectáculo; por la propia dinámica del grupo los hombres fueron asumiendo roles dramáticos que les eran familiares: el Patrono, el Esquirol, el Bracero... comenzaron a improvisar y rápidamente llegaron a la sátira de contenido social. Se suele considerar esto como el primer espectáculo de "Teatro Campesino"; en realidad fue este hecho el que reveló el futuro director y autor las posibilidades del teatro como medio de lucha del sindicato. El grupo dramatiza situaciones inmediatas relacionadas con los problemas de la lucha sindical o con el estado de los hombres que constituyen su público natural; el espectáculo está directamente dirigido a los mexicanos y a los filipinos emigrados a Norteamérica, los "espalda-mojadas", los obreros de baja calificación y los simples braceros que trabajan, con frecuencia de manera temporal, en las plantaciones del sur; su objetivo no es otro que el de crear conciencia de clase en esa gente; los espectáculos destacan la necesidad de organización que tiene el trabajador, denuncian al enemigo y su posición, revelan los mecanismos de la lucha; es un objetivo bastante difícil y complejo si consideramos que trabajan para un sector social de bajo nivel cultural, configurado por personas llenas de temores y recelos, con una tradición de dependencia y subordinación. Los del "Teatro Campesino" declaran que su mejor recompensa es saber que a través de su trabajo aumentan la dignidad personal de los espectadores y los llevan a sentirse orgullosos de su historia y de su raza. Los trabajos más primitivos del grupo fueron improvisa-

ciones de unos quince minutos de duración sobre el significado de una huelga de la National Farm Workers Association (NFWA); en esa época y años más tarde, todo cuanto recaudaba el grupo iba a las arcas del sindicato y los actores sólo recibían cinco dólares a la semana; el contenido de sus trabajos se ha diversificado y también las actividades totales del grupo, que hoy en día es una organización de promoción cultural, siempre orientada hacia la población obrera. Del mismo modo, al principio el "Teatro Campesino" operó en Delano y pueblos vecinos, pero muy pronto estuvo listo para trasladarse a cualquier lugar donde su presencia fuese necesaria. En los últimos dos años fueron invitados a representar en universidades y al Village Theater de Nueva York. En cualquier caso, el "Teatro Campesino", como en sus orígenes, sigue siendo una "Troupe" de cómicos de la legua; usualmente viajan en un camión, donde llevan sus elementos, recursos escénicos, y a veces representan sobre la plataforma del mismo vehículo.

Valdez no tiene formación específica como actor o director; tampoco es un "intelectual" en el sentido estricto de la palabra; en sus comienzos fue un auténtico improvisado que sencillamente encontró en el arte dramático un medio para expresarse, para comunicarse con los demás y para defender una causa. En una entrevista que Valdez concedió a Beth Bagby para "The Drama Review" (reproducida por "Sipario", 272, diciembre de 1968), explica que una de sus más importantes experiencias teatrales tempranas fue una representación de *Tartufo* en el estilo de la *Commedia dell'arte*. La improvisación a partir de un tema dado se convertiría después en su método. La obra de teatro, efectivamente, no existe para el "Teatro Campesino"; representan lo que ellos llaman "actos", donde la situación básica a partir de la cual se desarrolla la acción de una circunstancia inmediata común para el sector social hacia el cual va dirigido el mensaje, la representación se hace en un tono de humor que varía entre la ternura y lo grotesco; la actuación —por actores no profesionales, simples miembros del sindicato— se basa en una mínima caricaturesca; de ella dice un comentarista: "En ocasiones, si no fuera por las palabras o la música, una escena parece totalmente arrancada del cine mudo. Su frescura emocional no podría hallar mejor término de comparación". La representación incluye canciones e incorpora elementos decididamente brechtianos, como los cartelones y el desdoblamiento de los personajes para determinar en los espectadores la actitud crítica. Su público mantiene esa actitud que fue grata a Brecht: la de "observar y fumar, como en el boxeo".

J. R. Sarrauli

LA DESHUMANIZACION DEL CAMPO
Por Rodrigo Rubio - Colección Ibérica,
Madrid.

Hemos recibido la segunda edición de esta obra, cuya importancia es innegable. Con un fondo dramático evidente, que nadie está en capacidad de rebatir con razones valederas. Lo único cierto es que el éxodo rural, la emigración campesina en las naciones del mundo es un hecho imbatible.

ble. Algunos sociólogos estiman que los índices de desarrollo de un país deben medirse por la población agria en plena función del trabajo. Pues este fenómeno, esta esperanza, se encuentra en oposición de los hechos actuales. Es que los reformadores agrarios solamente ven el problema de la tierra. Consideran, con una candidez sin nombre, que el campesino actual está interesado en la tenencia de la tierra, en que le otorguen más hectáreas de la misma. Es un engaño monstruoso. El campesinado está harto de una cadena de sufrimientos, miserias, privaciones que lo cercan y hostigan en el mundo rural. El transistor ha sido una revolución total en la mentalidad del campesinado. Porque, al llegar a su misera parcela, a dormir en un rancho de vara en tierra, alumbrado por una vela de sebo, rodeado de hijos macilentos, compartiendo el lecho con cerdos y gallinas y algún perro sarnoso, comprende que hay otra inmensa zona de la sociedad feliz, que goza de todas las prerrogativas. Hospitales, escuelas y energía eléctrica, campos de deportes, vivienda decente.

Y naturalmente la confrontación lo avergüenza y entristece. Los jornaleros, los peones trashumantes, los muleros, los que han perdido ya las raíces con la tierra son los primeros en irse a las ciudades. Es claro que no se encuentran preparados para esa vida. Técnicamente son unos desadaptados. La ciudad de las luces de neón no es lo que dice el transistor, y al contemplar la terrible verdad, se hunde en esos cinturones de miseria, de crápula, de flores de arroyo que vemos en todas las grandes urbes de América.

¿Cuáles son los campesinos que se quedan en el pejugal? Precisamente aquellos que son más arcaicos, que tienen raíces de ternura con el suelo en el cual nacieron, sufrieron y esperan morir. Es algo sentimental, pero nada real, ninguna motivación que les haga amable ese crepúsculo de la vida. Esta obra plantea un problema muy grave. La reforma agraria resulta un mito en estos países subdesarrollados.

A. R. G.

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS DE MENENDEZ PIDAL

La muerte de don Ramón Menéndez Pidal, a dos meses de llegar a la centuria, conmovió al mundo de la cultura universal. Porque si alguien alcanza ese título de universalista es el gran escritor español, el último de los grandes en una galería de veras hermosa y sugerente de grandes varones. No se crea que la gigantesca crudición de don Ramón Menéndez Pidal es apenas un mundo libresco, un inacabable fichero de datos, trasposiciones y disgresiones. El simple detalle, la anécdota, que han servido de fondo a muchos escritores, desaparece completamente en el severo maestro de una Iberia frontal, creadora y peleadora. Es cierto que en forma apariencial, el insigne filólogo deja que sus personajes o sus datos corran libremente por la llanura de su prosa. Pero si examinamos atentamente el hecho, aplicamos el oído a esa prosa, hallaremos que tiene temperatura, que evidencia la fiebre interior del maestro, que no confun-

día el quehacer de sus personajes o sus hallazgos maravillosos, con su propia experiencia de los hechos y su forma de presentarlos.

Existe una especie de armadura técnica, en la conformación de sus libros. Pero sin que ella le reste prestigio a lo personal y afectivo. Porque una de las grandes deformaciones de la literatura en todos los climas, reside precisamente en esa manía, un poco narcicista del autor, de pretender suplantar a los personajes, de ser él antes que la obra. En esta tarea se confunden lamentablemente los términos. Es preciso dejar correr el agua de los hechos. Algunas veces mansa y otras encrespada. Regata o furia marina.

Se afirma que la dispersión es mortal para todo buen investigador. En ello todos estamos de acuerdo. Se han malogrado muchos talentos por ese afán de pretender abarcar muchos campos de la inteligencia. Pero hay que tener buen cuidado en no confundir lo brillante, externo y superficial, con la verdadera obra de investigación intelectual.

Cuando un escritor es de raza, tal el caso del insigne humanista, su impulso vital lo lleva a fundirse con sus propios temas. Porque la exigencia íntima de los temas lo conduce a esclarecer otros rumbos, a ahondar en campos en los cuales no había sospechado entrar. En este orden de ideas, Ramón Menéndez Pidal tuvo que enlazar la filosofía con la historia y rastrear caminos que acaso no tuvo en mente explotar. Pero que se fueron imponiendo a su conciencia, a medida que avanzaba en uno de los trabajos de investigación más completo de este siglo. Así, don Ramón fue maestro en la filología y en la historia, porque ninguna barrera era suficiente para detener su exploración temática. Buscando los orígenes, acabó por encontrar la adolescencia, la juventud y la madurez del español. Los orígenes del español es una obra de gran esplendor, de inusitada fuerza, pero antes está presente y patente **El manual de gramática española**, en el cual es bien fácil hallar los orígenes de donde partió el gigante para hallar el mundo de la lengua española, la desmornada fachada de lo medievo de crónicas, romances y gestas.

Vienen la **Epopéya del Cid** y **El romancero** y otras obras de igual calidad. España adquiere nuevas dimensiones por el trabajo de este titán de las letras. El mundo del idioma en el cual rezaron, hablaron, guerrearón los españoles, se torna lengua viva y clara memoria. Investiga con rigor y desvelo. De pronto, en límites ya avanzados de su edad, don Ramón escribe la **Biografía del Padre de Las Casas**. Que recibe la crítica de los escritores americanos. Porque en ella, el insigne políglota, el maestro, el Presidente de la Real Academia de la Lengua, pretende justificar hechos que no correspondieron a las motivaciones, y nos presenta un padre Las Casas enemigo de muchos valores iberos, cuando lo cierto fue que denunció con valor las tropelías de los conquistadores y la forma como sojuzgaron y chafaron a las razas precolombinas. Por lo demás, don Ramón, con la flor de sus romances viejos y nuevos y su epopéyica figura del Cid, ha entrado en la inmortalidad y mereció el Premio Nobel de Literatura, que la Academia Sueca le negó con una total ignorancia de su obra ciclópea en las letras españolas.

A. R. G.

RELECTURA DE GIOVANI PAPINI

En cualquier momento, especialmente cuando las tempestades arrecian, es bueno convivir con Giovanni Papini. Regresar a sus textos es una limpia tarea de asepsia moral. El latino más, pero más armonioso, incluyendo a D'Annunzio, es una cátedra viva, una forma de tomarle el pulso al mundo. Al precario que nos rodea, y aquel otro donde Dios mira las cosas de sus hormigas humanas. No es tarea fácil el reencuentro con Papini. Porque no fue un espectador sino un testigo de su tiempo. Y también tuvo sus dudas y las espinas desgarraron su pecho. Lector infatigable, el cristianismo era el Alfa y el Omega de su vida. Pero no un cristianismo formal, litúrgico, de sobrepellices y de capas bordas y flotantes. Sino el otro, el verdadero, el que Cristo escribió con sangre y cuya final amargura está en la Pasión. Por eso, en muchas páginas de Papini se ve correr un hilillo de sangre. Su autenticidad lo salvará del olvido.

Iracundo, desconoció a los dioses de arcilla de este mundo. Los fustigó con látigo amargo, empapado en hiel, sangre y sudor. Su verdadero deslumbramiento, su gran pasión fue Cristo. Pero no obstante sus tremendas páginas contra la humana miseria, era inconmensurablemente noble y perdonador. Y justo. Acaso el último justo. Quiso perdonar hasta el propio Demonio. Uno de sus últimos libros fue mirado con recelo en el Vaticano. No se podía ir tan lejos en materia de interpretación de la Teología.

Porque Papini intimaba con ella, como otros tienen amistad de interpretación con textos persas, griegos o latinos. Fue, acaso, el más voraz de los lectores de su tiempo. Leía hasta esa hora del alba en que la luz primera empezaba a caer sobre los libros amados.

Su prosa no es silbido de pájaro en la madrugada, no obstante su anchurosa vena latina. Porque confrontaba los problemas y combatía el mal. Era su enemigo mortal y el cerco tendido al hombre como la trampa que los siberianos tienden a los lobos cuando el invierno pasa, despojando a los árboles de sus ramas y se enjuta el paisaje y toma una categoría metafísica distinta. El hueso mondo, sin adiposidades. Cuando las lágrimas se congelan en estalagmitas y sentimos que hemos sido descombrados, que puede llegar la muerte y visitar las más recónditas estancias del alma.

Papini era iracundo y tremante. Su prosa quema y desuella. No tiene concesiones para la beocia, el filisteísmo y la hipocresía universal, "esa gran nata sobre la cual sobrenadan los renacuajos". Aspero y difícil Papini. Y no obstante, tan de nuestro gusto. Porque nos descubre la pisada del lobo, la mentira de muchas cosas, todas las jugarretas del hombre para jugar a escondidas con Dios. Como si El no estuviera viendo nuestra picardía, la secreta miseria de que estamos hechos. "A un Dios muerto se le entierra pero no se le calumnia ni se le injuria", afirma en **El Juicio Final**. Confiesa que Cristo lo buscó desde los primeros años. Lo veía en todas partes y parecía hablarle al oído. Por eso se consagró totalmente a su servicio.

Pero sin maniqueísmo, ni falsa hipocresía. Ya que su pensamiento es cardinal, adoctrinador y terrible. Las llamas se retuercen y alcanzan, por fin, la cola de la salamandra. Abrupto y duro, cortante y siloso. Melódico y tierno otras. Su estilo literario es una maravillosa superposición de líneas arquitecturales lanzadas al espacio. Aunque en todas ellas asomen górgolas. ¿Pero acaso lo deforme, lo monstruoso, las floraciones de hongos, no están en nuestro propio pecho pecador?

Cuando quedó ciego de tanto leer, se hacía leer de su secretario. Y se exaltaba oyendo tanta charlatanería escrita, la duda de algunos, los melindres del otro, la topografía de quienes tenían cimas, valles, pero estaban definitivamente calcinados. Arenales de vidrio y espejismo. Gran lectura es Papini. Y aleccionadora. Que se la aconsejamos a los buenos cristianos, a quienes aún luchan contra el demonio porque la carne es perecedera y está contaminada.

A. R. G.

